

KENNEDY ESTA EN LA CUSPIDE Y YA NUNCA LA PODRA EXCEDER

JORGE FIDEL DURON

Como si hubiera previsto con antelación el problema final de su vida, en la dedicatoria de su libro "Perfiles de Valentía", el entonces Senador Kennedy había citado las palabras de Charles James Fox en elogio de otro líder, (Edmundo Burke): "Esta es la cúspide y ya nunca la podrá exceder."

John F. Kennedy en realidad había llegado a la cúspide en temprana edad y ya no podía exceder en mucho todo lo que había hecho en su apresurada vida. Su pensamiento vivo es de tal hondura que difícilmente podía un hombre de su reciedumbre escalar con más firmeza mayores peldaños hacia la definitiva inmortalidad.

Conociendo, como muy pocos, los complejos problemas de nuestro tiempo, recordamos que en su discurso inaugural como mandatario, entre otras cosas inolvidables él había dicho: "Lo que hay que hacer no podrá terminarse ni en los primeros cien días, ni en los primeros mil, ni en el espacio de una administración completa, ni quizá en la expansión de toda una vida. No obstante, la tarea debe empezar". Lejos estaba de imaginar que se convertiría en una víctima de sus grandiosos designios y en símbolo perfecto de una gloriosa aventura.

Tal vez sea muy temprano para hacer una certera evaluación de su enorme contribución en la búsqueda de soluciones para los constantes males que asedian a la humanidad. Pero, una cosa es sabida. Con su innegable aporte ya se puede ir avanzando con paso firme y seguro sobre el terreno especulativo con que él tropezara al iniciar su gestión y, seguramente, ésto ha de impresionar decisivamente a los que mañana estudien las cambiantes facetas de su vida múltiple.

Su libro mismo, al decir de Allan Nevins, autor del preámbulo, indica que razonablemente el pueblo americano le da valor más singular al carácter que al intelecto de un hombre. Y esto es así de todos los pueblos; pero el pueblo de los Estados Unidos de América supo demostrarlo con creces llevando a la más alta magistratura a uno de los más relevantes representantes de un carácter fuerte, dinámico e irreductible. Y como base del carácter rubrican desde luego su eficacia los principios básicos de la moderación, el orden y la justicia.

En John F. Kennedy la virtud cimera estaba en su resolución temprana e inquebrantable de dedicarse, con todas las fuerzas de su alma, al servicio público, pese a todos los peligros, a todas las amenazas y a todos los riesgos que una devoción semejante entra-

ña, aún en los pueblos de civilización más avanzada.

Pero, para el Presidente Kennedy esta devoción eclipsaba todo otro sentimiento de categoría secundaria. Y es que, como lo afirma su biógrafo James MacGregor Burns, a pesar de su juventud e inmadurez, desde un principio Kennedy demostró una impresionante eficiencia legislativa, un claro sentido político y un profundo equilibrio intelectual. Estos tres dones prevalecerán en sus días de funcionario ejemplar en tal medida que, a pesar de la edad y de la llamada inmadurez, resultó ser siempre un mandatario preocupado por la superación constante que sirviera para dejar marcada en forma indeleble la huella de su paso por el poder público.

Es labor difícil sintetizar todos aquellos ingredientes que contribuyen a hacer grandes e imperecederos a los hombres. En nuestro concepto, lo que hizo excepcional a John F. Kennedy en una tierra donde constantemente la excepción se multiplica, es su capacidad creadora y el impulso social revolucionario de su obra.

De suerte que, si alguien quisiera resumir en breve y concisa exposición lo que encerraba y en lo que consistía su ideología podría aventurarse y decir, para iniciar el coloquio que, actor en la tragedia de la II Guerra Mundial procuró sentar las bases para evitar la repetición del flagelo con su atrevido Plan para la Proscripción del Uso de las Armas Nucleares, como ciudadano de los Estados Unidos de América le dio vital aliento a las medidas que harían efectivos los Derechos Humanos en contra de la Discriminación Racial, aún a riesgo de malquistar parte de su caudal político; como ciudadano de América se percató en forma diáfana de la necesidad de equiparar a los pueblos del Continente en su magno Plan de Alianza para el Progreso; y como hombre generoso, cristiano y humanitario, concibió en toda su bondad y hermosura la eficacia de los Cuerpos de Paz.

Con sólo estas cosas en las que se vislumbra y resplandece el fuego interno que animaba su vigoroso espíritu, ya tendría lo suficiente para un reclamo eterno y definitivo a la inmortalidad. Y si la Humanidad es sabia y comprensiva, si reacciona y sabe cumplir todas estas admirables empresas para lograr no menos incomparables frutos, todo ello hablará elocuentemente a las generaciones del porvenir para constituir su mejor monumento en el agradecido, aunque hoy atribulado corazón de todos los hombres de la tierra.